

Sequía

El viento atraviesa la laguna dibujando remolinos en el suelo. A veces, si sopla demasiado fuerte, uno puede imaginarse sus contornos desde lejos, guiándose por la nube blanquecina. Yo sigo diciéndole laguna, aunque esté seca. No importa que se nos vuele todos los días un poco. Me niego a renunciar.

Antes, cuando lo normal era que la primavera fuera una fiesta, los fines de semana nos acercábamos con Sofi para pasar el día. Hasta pescábamos, que increíble. Si habremos gastado tardes desenredando tanzas. Con unas frutas y un mate cocido con galletitas nos arreglábamos. A veces, nos quedábamos hasta el anochecer para ver el cielo. Hacíamos un fueguito, poníamos la parrilla y comíamos lo que habíamos pescado, o unos choripanes cuando no teníamos suerte. Siempre me ganaba en eso de descubrir estrellas fugaces.

Todos en el pueblo la disfrutábamos y no sé si a alguien se le ocurrió que ya no iba a estar más. Escasez de nieve o lluvia, por periodos, siempre hubo, pero de ahí a quedarnos con el fondo reseco... sin líquido vital y sin pájaros. Al principio bajaban igual y se iban rápido. Después, supongo que se avivaron, porque los escuchamos pasar cada vez menos.

A Sofi le encantaba mirar los pájaros. "Aves", me corregía, y se sabía los nombres porque los había aprendido en la escuela. Yo solamente me acuerdo de los cisnes de cuello negro y de los flamencos, porque son tan lindos que es difícil olvidárselos. Acá venían un montón de especies desde el norte o desde el sur, en su recorrido migratorio, y las maestras advertían que había que cuidar el espacio porque era un humedal.

Era. La sequía que les mata las ovejas a los puesteros y que hace descender las napas, la que nos complica si queremos tener arbolitos en el frente de las casas, la que nos pone al borde de la sed en el verano, la que se extiende y parece que no va a terminar más, se llevó buena parte de la laguna. Y lo que no se llevó quedó en manos de algunos desconsiderados que cortaron el paso de los arroyos. Que en todos lados se cuecen habas.

Sofi creció en la orilla, con sus carcajadas, chiveando entre los cerritos. Le encantaba perseguir lagartijas y descubrir pozos de piche. Podía pasar tardes enteras saltando coirones y cuando oscurecía se acercaba temerosa, preguntando si no andaría algún puma cerca. La linterna era su salvación, pero no se animaba a alejarse mucho.

Pegó un estirón de golpe y maduró sin que quisiéramos darnos cuenta, aunque fuera tan evidente como la disminución del cuerpo de agua. Un día, hace cuatro años, viajó para hacer la temporada y no volvió. "Acá es imposible conseguir trabajo", me

reclamó, con el tono entre esperanzado y angustiante de quienes se van: “voy a probar, nada más, te prometo que es por unos meses”.

Desde entonces, cada vez que se acercan los días tibios me asomo al campo y pienso: si a lo lejos se escucharan de nuevo las aves, si volvieran los peces, si se terminara esta sequía que nos seca hasta los sueños, a lo mejor ella entraría en casa de sorpresa, con su sonrisa grandota. Por las dudas, aunque en invierno no haya nevado casi nada, si caen unas gotas o se nubla mucho, preparo el mate a la hora en que llega el colectivo.

Martes Nublado